

DISCURSO PRONUNCIADO  
POR RICARDO LAGOS  
CON OCASION DEL SEPTIMO ANIVERSARIO  
DEL PLEBISCITO DE 1988

Estimado amigo y ex presidente Patricio Aylwin, colegas ministros, parlamentarios, amigos, amigas, señores representantes del cuerpo diplomático, compañeros todos:

Este es un día para recordar, para agradecer y para mirar al futuro. Es un día que queremos recordar y agradecer a tantos que fueron capaces de vencer el miedo y ponerse de pie, que fueron capaces con un lápiz de grafito para cambiar el cronograma que se había fijado el gobierno dictatorial. Ganamos quienes votamos que no y también ganamos todos los que votamos, porque nos habíamos reencontrado con el ritual democrático por excelencia. La puerta entreabierta del triunfo del no, no la hemos dejado cerrar ni permitiremos que se vuelva a cerrar. El triunfo del no significó el fin del temor y el paso a la esperanza. Por eso hoy día estamos aquí. Para recordar a aquellos que Collipulli en un garage con piso de tierra..., quince de ellos se atrevieron a reunirse para comenzar a caminar. A los jóvenes de Catemu, a las compañeras de Conchalí, porque fue una tarea de a poco, de uno a uno, de dos en dos y Chile se fue reencontrando con su historia y con su gesta. Y por eso triunfamos. Porque fuimos capaces de configurar una coalición política, que como aquí se ha recordado, tuvo una claridad de futuro. Vivíamos una dictadura, pero no nos unió el odio contra la dictadura, nos unió la esperanza de lo que queríamos

construir para el futuro y ese fue el sentido profundo del triunfo del no (aplausos). El no, cuando se escriba la historia del siglo veinte y del siglo veinti uno, el no va a ser la primera etapa de la apertura de la posibilidad que Chile está construyendo para ingresar con éxito al próximo siglo. El no primero y los gobiernos de Aylwin y Frei después nos están permitiendo configurar un Chile democrático, que pueda apostar al futuro, y como este pequeño país se inserte en los desafíos del próximo siglo. La gesta de no, en último término, es que fuimos capaces de ganar porque aunamos voluntades. Nos concertábamos los que pensábamos distinto y logramos organizarnos para trabajar de manera eficiente, asegurando que el proceso de votación tuviera resultados limpios. Unidad y trabajo dedicado: ese fue el secreto del triunfo. Pero más importante, la voluntad de un país que logramos poner de pie porque había un objetivo claro. Y a partir del triunfo fuimos capaces de dar un segundo paso: el paso que significó configurar el gobierno de Patricio Aylwin -primero- y de Eduardo Frei después. Estos han sido gobiernos de éxito, porque primero han sido gobiernos nacionales, para todos los chilenos, gobiernos que han entendido que su tarea es preocuparse del conjunto de toda el alma nacional, con iniciativa, con ideas para mejorar problemas. Es cierto, tenemos cifras y guarismos, a los que se preocupan tanto de cifras y equilibrios, nuestra inflación hoy es un tercio de la que teníamos al finalizar la dictadura, nuestros salarios reales hoy son un 20% más altos. Es cierto que hay un millón de chilenos menos que han salido de la pobreza, es cierto que hemos avanzado porque

entendemos una economía que está al servicio de la mayoría y no unos pocos. Sin embargo, tal vez lo más importante de los gobiernos de Aylwin y Frei, es que hemos sido capaces -no obstante partidos políticos diversos- de generar gobiernos y gabinetes consolidados y homogéneos; parlamentarios que -no obstante sus dificultades- llegado el momento se ordenan. En otras palabras, hemos aprendido a gobernar en estos seis años desde la diversidad y en donde es indispensable que con el liderazgo de Aylwin primero y de Frei después, podamos continuar avanzando, porque hay un hecho claro en el Chile de hoy: no hay otra opción de gobierno para Chile que no se la Concertación de Partidos por la Democracia y nuestra responsabilidad es preservar esa coalición! (aplausos). Lo alcanzado nos impulsa entonces a seguir adelante, a potenciar la participación de todos en el crecimiento material, espiritual y cultural de Chile. Las urgencias de hoy no son de repliegue sino de avance, de cómo apurar el tranco que nos lleve al desarrollo. Y ahí estamos. Pero no sería honesto con Chile en este acto si no reconociéramos los problemas de este último tiempo. La condena de la Corte Suprema por el Asesinato de Orlando Letelier ha desatado las pasiones de grupos minoritarios, los que han tratado de envolver a las instituciones y a los chilenos todos en su pequeño juego de defensa corporativa. Frente a esto, el gobierno ha reaccionado con claridad planteando una alternativa justa y ecuánime, que permite una solución satisfactoria desde el punto de vista del interés nacional. Lo he dicho y lo reitero, el Presidente Frei ha planteado con valentía coraje que los últimos

acontecimientos revelaban debilidades institucionales, tuteladas indebidas que había que solucionar. El de él, al dirigirse al país fue un acto de sabiduría; había que hablar con la verdad sobre estos hechos al país. Respecto de estos acontecimientos, que nos afectan a todos, ninguno de nosotros es más maduro y sabio que nuestra comunidad toda. Por lo demás, los demócratas de ayer y de hoy han pensado que no hay más depositario final del poder en la sociedad que la gente misma. La comunidad nacional es quien define el papel de los militares, ya sea que esa es la única fuente de la legitimidad de todas las instituciones públicas sin excepción: la comunidad nacional. Si cada institución pública autodefiniera su papel y prerrogativas la vida social sería un caos. Cuando el monopolio de las armas no es respondido con una subordinación a quien la sociedad elige como gobernante, también la democracia está cuestionada. Y no nos pusimos de pie y no luchamos por el no, sino para restablecer la potestad del poder civil: único depositario de la voluntad de Chile (aplausos). Si este tema no lo resolvemos bien pueden verse afectadas las bases de sustentación de todo lo que hemos avanzado: este lento proceso de transitar a la democracia, los avances en el campo económico y social, la inserción ejemplar de Chile. Hoy caminamos con tranco firme por el escenario mundial, con orgullo lo que hemos hecho, pero si esto no lo resolvemos bien, no nos engañemos, estaremos desandando lo que hemos andado. Empezaremos a ser mirados con cierta sorna, con una sonrisita; aquí vienen los ministros, aquí vienen los embajadores de esa república que no ha sido capaz de establecer una democracia como es debida.

Y a la larga estas carencias también afectan al modelo económico; estas carencias también afectan a aquellos que creen que pueden desentenderse de este problema esencial. Por eso aquí digo: en este momento importante y crucial tenemos todos que estar detrás del planteamiento y la propuesta del Presidente Frei, porque la Concertación aquí se reencuentra con los elementos que le dieron origen y que están en la ética y en la conciencia moral que nos convocó a todos el 5 de octubre. Como seamos capaces de enfrentar ahora esta encrucijada, vamos a estar configurando el tipo de convivencia democrática del futuro. Por eso es tan importante este momento y por eso hoy, 5 de octubre, quise decirles a ustedes: ahora es cuando tenemos que ser capaces de poner los puntos sobre las íes. Y si no somos capaces de aprobar las normas que ha planteado el Presidente ¡pues quedarán pendientes!. Porque es la única forma de saber que esa transición todavía está inconclusa y que nos obliga a trabajar más para imponer estos planteamientos al futuro. Estoy seguro que vamos a poder superar esta coyuntura a partir del ordenamiento de las propuestas del Presidente Frei. En consecuencia habremos dado un paso más para consolidar el proceso democrático y entonces si creo que como Concertación tenemos una tarea mayor. Porque la Concertación fue fundamentalmente el esfuerzo que a partir del no nos permitió avanzar desde un sistema dictatorial a la configuración de elementos democráticos que nos permiten avanzar a todos. El tránsito del autoritarismo a la democracia fue la primera de las transiciones que ha tenido que abordar la Concertación. La segunda, la transición difícil que

hemos hecho todos nosotros, de distintos partidos: aprender a convivir, a congeniar; en los gabinetes, en el parlamento y en las directivas políticas y en el mundo civil. Esa posibilidad de convivencia fue la segunda transición, la transición que comenzamos a hacer todavía en dictadura que fue la capacidad de entendernos. Pero creo que hoy tenemos ante nosotros una tercera transición, más difícil y compleja que las anteriores, porque esa transición tiene que ver con como somos capaces de enfrentar las insuficiencias y desafíos, este cierto peligro de la autocomplacencia en el alma nacional; cómo enfrentamos la necesidad de diseñar un país que nos permita avanzar con fuerza a los albores del siglo veinti uno; cómo somos capaces de pensar una acción de Chile sobre sí mismo, un proyecto de país. Tal vez el peligro mayor no sea el de una crisis en Chile sino el de una cierta decadencia y mediocridad producto de nuestra propia autocomplacencia. Lo hacemos tan bien, se dice tanto acerca de lo bien que lo hacemos que no puedo menos que recordar el Chile del siglo pasado cuando también Chile tuvo una oportunidad y cuando sesenta años después un historiador que acaba de obtener el Premio Nacional Ciencias -Anibal Pinto- tuvo que explicar porqué Chile fue un caso de desarrollo frustrado. Ojalá seamos capaces de aprovechar esta oportunidad y no haya un historiados del siglo veinti uno que nos diga porqué nos frustramos en nuestro desarrollo. Y esa es la tercera tarea, más importante y fundamental que tiene hoy la Concertación. Necesitamos avanzar hacia una auténtica modernidad, que sea en consecuencia, una democracia que signifique equidad, identidad, derechos humanos y solidaridad. A

partir de allí, tres son los grandes desafíos que tenemos hoy como Concertación. Primero, cómo fortalecemos una democracia de ciudadanos, donde las distintas opciones políticas de la sociedad tengan acceso libre a los medios y puedan todas ellas plantearse libremente por el apoyo ciudadano. Cómo profundizamos esa democracia es la primera de las tareas. Segundo, en la idea democrática que es muy simple, todos la entendemos y sólo se enredan aquellos que no quieren la democracia. Por ello, es indispensable en consecuencia avanzar allí. No buscamos dismantelar nada, sólo aspiramos a que en un juego democrático cada uno valga por lo que es y no estemos permanentemente subsidiando una minoría electoral, establecer instancias legislativas extraparlamentarias o tutelajes sobre la voluntad nacional cuando se expresa democráticamente. Queremos una democracia como debe ser y no una democracia como la hemos heredado y que tiene muchos enclaves que no deben ser. Y no nos engañemos, si somos el 60% de Chile ¡queremos el 60% del parlamento! y no queremos un Senado donde somos minoría por minorías enquistadas que no representan la voluntad nacional (aplausos). ¡Que no se nos tergiverse! se quiere dismantelar ¿quién manda en el gobierno? ..., acá el señor Lagos y otros ministros dijeron que querían dismantelar, no querían dar seguridades de cancelar la institucionalidad..., y las reformas. No señor, queremos algo muy simple: queremos aquello por lo cual nos pusimos de pie el 5 de octubre, queremos aquello por lo cual dijimos no a un sistema autoritario, queremos una democracia como hoy en todo el mundo se entiende que es una democracia, nada más

pero nada menos. Y en torno a eso la Concertación entonces tiene una tarea pendiente: fortalecer esa democracia de ciudadanos, es la primera de ellas. Y en consecuencia pedimos, que nosotros que fuimos mayoría el 88, el 89, el 92 en las municipales, el 93 en las presidenciales y que volveremos a ser mayoría el 96, el 97 y el 99, queremos que la mayoría se respete y tener una democracia que nos permita construir de acuerdo al programa que hemos planteado a Chile. Para ello, esa mayoría, ese cambio y profundización democrático para una segunda tarea: la necesidad de avanzar hacia una economía más homogénea y más justa. No podemos seguir ignorando una distribución del ingreso tan desigual. Hemos avanzado, hay menos pobres pero la brecha de ricos y pobres es cada vez más grande. Y hoy sabemos que en las sociedades que no son homogéneas, con una tremenda desigualdad económica, a la larga se generan tensiones que debilitan la capacidad de los países para competir, para modernizarse y para poder participar adecuadamente en el escenario mundial. Son sociedades homogéneas en lo económico las que pueden participar con fuerza en el mundo del futuro. Aquí el tema de la distribución del ingreso no es sólo un planteamiento ético en favor de los que tienen menos, es también un planteamiento de eficacia y de eficiencia del funcionamiento del propio sistema económico. Y tenemos también un tercer objetivo: Una sociedad que sea capaz de aceptar la diversidad de los valores culturales que hay entre nosotros. Todos entendemos la existencia de un patrimonio común de valores que todos los chilenos aceptamos, basado en el respeto de los derechos humanos de cada uno de nosotros. Para eso



hemos luchado. Pero no es posible aceptar, sin levantar nuestra protesta el integrismo cultural de algunos, que a partir de su verdad quieren generalizarla a todo. No recuperamos la democracia para vivir en una sociedad donde algunos que se creen poseedores de la verdad, quieren señalar sus valores al resto de los chilenos. Chile tiene derecho a debatir con libertad, sin dogmas, sin autos de fe, sin amenazas de excomunión al que no piensa como uno, sobre temas como cómo consolidamos y fortalecemos la familia, cómo resolvemos mejor el tema de los niños cuando los matrimonios se separan, sobre temas como la cultura y la censura. En democracia los mayores de edad son ciudadanos libres que tienen derecho libremente de decidir lo que quieren mirar, ver y oír (aplausos). Muchas veces he pensado en estos años lo que fuimos capaces como país de construir en el país en el pasado. Hace ciento diez años esta sociedad chilena, profundamente dividida en temas de liberales y conservadores fue capaz de abordar temas de tremenda conflictividad. Dictamos una ley de matrimonio civil, dictamos una ley de registro civil, establecimos los cementerios laicos. Quisiera pensar sinceramente que nuestro Parlamento de hoy también podría aprobar leyes como las probó ciento diez años atrás. Y mucho me temo que este Parlamento de hoy, estas leyes de Domingo Santa María, hoy serían rechazadas por una visión integrista de algunos desde el Parlamento de Chile (aplausos).

Por todo lo anterior, es que como Concertación seguimos llamando a todos los chilenos y chilenas, sin más calificación que el respeto

a los derechos humanos y el respeto a la democracia, a que nos ayuden en esta tarea. Cada uno con sus ideas y sus valores, decidiendo trabajar junto a los demás ciudadanos por engrandecer al país a partir de su acción privada y su participación pública. Ningún grupo e institución, por respetable que sea, tiene derecho a detener la marcha del país. Por ello, nuestra posición hoy día es la misma que planteamos al Chile en 1988. Queremos dejar atrás el temor y fundamentar la esperanza, que los derechos humanos sean la piedra de tope para todos y que podamos juntos avanzar con mayor velocidad en la transformación de las ataduras que todavía impiden el progreso verdaderamente nacional. Que ese progreso llegue a todos y a todas y que ese progreso toque a todas las puertas de las moradas y las casas de Chile. Fuimos capaces como Concertación de levantar a Chile y ponerlo de pie, definir un camino de victoria con un itinerario claro, con un conjunto de ideas matrices que interpretaron el alma nacional. Ese fue el éxito de la transición. No hubo chileno ni chilena que no se sintiera llamado por el llamado que hicimos hace siete años. No hay hogar de Chile que no tomó posición, decisión y acción ante la convocatoria de hace siete años. Por eso lo de hoy no es ni puede ser una celebración de la nostalgia del pasado, de lo que ayer fuimos capaces de construir. No señor, lo de hoy tiene que ser una ratificación de la lucha y la esperanza que comenzamos a dibujar ayer. Lo de hoy tiene que ser una afirmación de orgullo de lo que hizo Patricio Aylwin y ante lo que hace hoy Eduardo Frei. Pero lo de ayer y lo de hoy tiene que dar paso también, con fuerza y decisión, a un compromiso que debe

empezar a surgir del alma nacional, de los partidos de la Concertación, de sus directivas para comenzar a configurar lo que hicimos antaño. Porque lo que hicimos antaño no fue un entendimiento de cúpulas políticas. Un largo proceso, fue el grupo de los 24, fueron las entidades, los cieplanes, los vectores, los flacso; fue un tejido social, fue la Asamblea de la Civilidad, fue el esfuerzo por configurar centrales sindicales, fue la forma de ir estableciendo distintas modalidades para tener elecciones libres. Fue un largo camino que nos fue permitiendo en el accionar cotidiano construir un programa común, que tuvo el signo y el sello de la victoria. Y hoy lo digo aquí, asumiendo mi propia autocrítica, tal vez el deseo de trabajar intensamente desde las tareas que tenemos en el gobierno, tal vez el deseo de cumplir adecuadamente con las tareas de dirección partidaria nos están haciendo olvidar el desafío profundo que pesa sobre nosotros: esa Concertación que nos obliga a una transformación de Chile hacia lo que necesitamos para tener una sociedad justa en el próximo siglo. Y yo hoy día quisiera decir a siete años del triunfo del no: cómo somos capaces de configurar una Concertación que le plantee a Chile el desafío que queremos tener en el bicentenario en el 2010, como somos capaces de tener una Concertación que le dibuje a Chile el Chile que queremos en el 2020 o en el 2030. Cómo somos capaces de tener una Concertación que a partir del éxito del no, del éxito de los gobiernos de Aylwin y Frei somos capaces de volver a soñar un futuro para veinte o treinta años más y tener la tercera transición, la que nos permita tener un Chile desarrollado y que

nos ponga de pie en el concierto mundial, que nos permita ser consecuentes con lo que ofrecimos a Chile. A ratos, a ratos pienso si estamos siendo leales a tanta esperanza que despertamos. A ratos pienso si estamos siendo consecuentes en nuestras tareas. A ratos pienso que si vemos que si vemos que hay muchos que nos miran con un cierto escepticismo nuestra obligación hoy -a siete años del triunfo- es con ideas y valores, con un camino claro invitarlos de nuevo a caminar, a ponernos de pie, a que las políticas públicas en democracia también las hacemos entre todos. No solamente la gesta épica de derrotar una dictadura convoca el alma nacional. La gesta épica de construir un Chile para todos también nos tiene que obligar a convocar el alma nacional. Y ese tiene que ser el sentido profundo de este 5 de octubre. Desde aquí convoquemos a chilenos y chilenas a mirar el Chile de los doscientos años de vida independiente que sea un Chile distinto independiente. ¡Esa es la tarea de la Concertación y esa es la forma de celebrar el 5 de octubre!. Muchas gracias.